

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma:
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

GUILLERMO PRIETO.

I

FUENTES POÉTICAS.

De querubín ardiente son tus alas,
Sublime inspiración! Ven á mi acento:
Con fiebre de ambición laten mis venas:
Rompa tronando mi clamor el viento,
Cual desborda sus ondas el torrente
Que ya no cupo en el estrecho cauce;
Como rasgando el rayo prepotente
La tenebrosa nube en que revienta,
Arde la selva, avívase la llama,
Y al cruzar en su carro la tormenta,
El incendio crujiendo se derrama.

Ya te siento venir; bañó mi frente
Vívido el rayo de tu luz divina,
Y es menos puro el apacible brillo
Con que tiembla la estrella vespertina.

Mi alma atrevida con delirio busca
Tu indeficiente luz, astro de gloria!
Obedece y resuena, lira mía;
Palpita de placer bajo mi mano,
Como se agita de la hermosa el seno
Cuando el amante audaz besa su frente;
Y así nadando el alma en un ambiente
De ilusión, de placer y de armonía,
Mi soplo vagará sobre la tierra
Empapado en tus himnos, patria mía.

¡Ardiente juventud! Tú que levantas
 A las regiones del espacio el vuelo,
 Y que sientes rodar bajo tus plantas
 Mezquino y reducido nuestro suelo;
 Tú que audaz, como el águila salvaje,
 Buscas al sol con ávida pupila,
 Y perdida en su luz deslumbradora
 Desplegas los tesoros de tu canto:
 Hijos de inspiraciones y de encanto
 Que os entregáis de la ilusión al sueño
 En brazos de la dulce poesía,
 Cantad, cantad; vuestro solemne acento
 Discurra con las auras perfumadas,
 Y gire en vibraciones delicadas
 Al tenue suspirar del manso viento.

¡Oh mi patria, magnífico es tu cielo,
 Rica vegetación se alza gigante
 Bajo las orlas de tu regio manto!
 Eres la Hija de Dios, la virgen bella:
 Tuviste como lámpara en la cuna
 Del Septentrión la refulgente estrella:
 El sol te idolatró, linda doncella:
 Fué tu púdico velo
 Su manto augusto recamado de oro;
 Les das tu aliento á tus eternas flores,
 Besan tus pies las ondas de tus mares,
 Te dan las aves mágicos cantares,
 Los torrentes entonan tus loores.

¡Oh mi patria! Felice quien ha visto
 De tus volcanes en la eterna nieve
 Reverberar tu sol; muy más felice
 Quien en medio á la dicha ó desventura
 Y en tu seno ó allende el Oceano,
 Puede exclamar con llanto de ternura,
 Tendiendo franca al Septentrión la mano:

“Mi patria, vedla allí; soy mexicano.”
 Cantad, vates, cantad: ¿cómo en la patria
 En que muestra sin velo el firmamento
 Los mundos mil que en sus entrañas arden,
 La voz ha de callar del sentimiento?

¿Cómo mudas é inertes las pasiones
 Donde aspira el mortal vida de fuego,
 Donde suspira lánguido el ambiente,
 Donde ceden las plantas amorosas
 Al sensual beso de la clara fuente,
 Donde de un mundo que espiró, la tumba
 Envuelven con su lava los volcanes,
 Donde el rayo terrífico retumba
 Y en la nube en que rápido resbala,
 La Omnipotencia del Señor escribe
 Y su tránsito fúlgido señala?

Veces mil solitario el pensamiento
 Desplegó el ala en la tiniebla fría
 Do alumbra reverente el firmamento
 La augusta faz del Hacedor del día.

Cayó en el caos el divino aliento
 Y desplegó su manto lo infinito,
 Y Dios dijo: *Vivid*, y las miradas
 De mil mundos sublimes se encendieron;
 Y al chocar los torrentes de luz viva
 En tu trono magnífico, Dios mío,
 Dispersáronse hermosas las estrellas,
 Como arroja al rodar la catarata
 Diáfanas gotas de luciente plata.

Yo miro al firmamento con ternura,
 Promesa al alma de felice suerte,
 Puerto de amor que espléndido fulgura
 Más allá de los mares de la muerte.
 Vedlo, vates; cantad. Ese lenguaje
 De ardiente sentimiento y de armonía,

Es un lenguaje de himnos de alabanza,
Es de la fe dulcísima el idioma,
De la alma luz, de la ternura aroma.

Mas si robusto el atrevido acento
De vuestra lira enérgico se arranca;
Si entre pasiones alteradas brota,
Como ola furibunda que se azota
Entre las rocas de la mar crugiendo,
Alzad entonces el cantar tremendo.

Oid! El trueno súbito revienta;
El rayo aterrador ruge iracundo,
Y rápida se extiende la tormenta.
Su vista de relámpago recorre
El universo sumergido en duelo,
Y en la tiniebla trémula los mares
Huérfanos gimen al bramar el cielo.....
Heridas por las ráfagas de viento,
Negras las ondas de la mar saltaron;
Remedando alaridos de tormento,
En las rocas sus fuentes quebrantaron.

Del viento crece el incansable empuje,
Y en las revueltas nubes relumbrando,
La tempestad solemne se pasea
Himnos al Dios de Sabaót cantando.

Unid los vuestros, jóvenes! Las almas
Que comprenden la voz de la tormenta,
Que oyen en el rugir del torbellino
Cánticos puros al Señor Divino,
Que conservan sublime simpatía
Con la luz, con los vientos, con los mares,
Y que al pasar la tempestad sombría,
Cual la gaviota entonan sus cantares.....
Esas las almas son dignos altares
Al culto de la noble poesía.

También podéis como sincero espejo

Pedir á la natura sus colores
Y vuestros ecos perfumar sentidos
Con el aliento dulce de las flores.

Ved moribundo al sol: sobre su tumba
Tímido luce el astro vespertino,
Y en la faz del crepúsculo medrosa
Espira tenue su fulgor divino.

Celajes mil de fúlgida escarlata
Le forman ondeantes pabellones,
Que leves, cual fugaces ilusiones,
Van á morir en las lejanas nubes
Que el astro de la noche ha matizado
Con brillo hermoso de bruñida plata.

En lo profundo mírase el zafiro
Tachonado de espléndidas estrellas:
En el valle murmura la corriente,
Y al vibrar, va perdiendo sus cristales
La postrimera luz del sol ponente.
En la nieve de la áspera montaña
Aun brilla el día; y por el éter puro
El humo que se alzó de la cabaña
Solitario se eleva por los aires.....

El crepúsculo escuche los loores,
Y el cántico feliz girará blando
Con el aura que muere susurrando,
Ebria con el perfume de las flores.

Cantad, así que en la enramada obscura
Y en la copa del sauce que reclina
Su faz en la corriente cristalina,
El zenzontle despliegue sus acentos.....
La faz del astro que en el monte espira,
Las flores entregadas al desmayo,
La fugace luciérnaga que gira,
El són lejano del modesto río,
De la luna naciente el dulce rayo

Al través visto de árboles pomposos,
Y los campos y el blanco caserío;
Todo os inspirará: vuestros acentos
Serán eternos, como lo es el cuadro
Que produjo los tiernos sentimientos.

Si de la lira el áspero concierto
Busca la soledad y la grandeza,
Tú elevas á los cielos tu cabeza
Y eres grande, y magnífico, desierto.

Virgen tu seno, regio tu ropaje
De inmortal y aromática verdura,
Sólo al sol que comprende tu hermosura
Muestras sin velo tu beldad salvaje.

De sociedad hipócrita las leyes
No profanaron tu arrogante seno:
Sólo obedeces á la voz de trueno
Del que es Señor de pueblos y de reyes.
Cantadle ufanos, jóvenes ardientes:
Son sus bardos también los huracanes;
Alumbran sus festines los volcanes,
Celebran sus amores los torrentes.
Allí al salvaje mírase altanero
En los montes prendiendo sus lumbreras
Y mezclando su cántico guerrero
Al rugido estruendoso de las fieras.

Su dosel de magnífica esmeralda
Le da de los encinos el ramaje,
En que otros tiempos se meció su cuna:
Las aves, sus penachos y ropaje;
Y del sol, de las aguas y las flores
Forma astuto su mágico lenguaje.

Explotad esa mina, mexicanos:
En ella aprenderéis á amar al hombre
Y á odiar con entusiasmo á los tiranos.
Dulce ilusión de amor, del alma aliento,

Su inefable delicia en la ventura,
Su acibar y su infierno en el tormento,
Aquí hallarás la angélica hermosura
De tez morena y de mirar de fuego,
Y beberás torrentes de ternura
En el brillar de sus divinos ojos.

¡Felice tiempo en que irritada hervía
La pasión de mi amor en mis entrañas,
Y al suspirar la lira resonante,
De amor perdido, de entusiasmo ciego,
Amaba y en amar me complacía,
Porque era inmensa y generosa el alma
Y un mundo de ilusión reproducía!

Rugosa y abatida está mi frente:
La zanjaron frenéticas pasiones,
Cual carcome la roca de la playa
El azotar de turbulentas olas.
Ya en medio de los mágicos festines,
Al verterse profusos los licores,
Deidades con sus frentes de jazmines,
Deidades con sus ojos brilladores,
Mezclaban á mis cánticos de amores
Sus voces de encantados serafines.
Y tu nombre aclamaba, esposa mía,
Y el alma en mis entrañas palpitaba:
Cada ardiente suspiro que exhalaba
Era un eco de angélica armonía.

Y en ese tiempo, solazando el alma
A la margen de un lago cristalino,
Ví de las aguas que turbó la calma
Un vapor que ligero se mecía,
Y blanco, cual las alas de un querube,
Sobre la superficie resbalaba:
Su belleza mi vista seducía.....
Era una blanca y hechicera nube,

Yo la creía el cisne de los lagos.....
 Tendí la mano á detener su curso,
 Y vistiendo del iris los colores,
 Sobre mi frente dirigió su vuelo:
 Ya la cauda blanquísima plegaba
 Quedando como cándida paloma,
 Ya su manto magnífico extendía,
 La orla bordando de carmín y de oro;
 Ya fugaz en los aires se mecía,
 Ya en las olas del lago se posaba;
 Con amor su carrera proseguía,
 Y ya al tocarla, al envolver mi frente,
 Galana, hermosa, en el azul del cielo
 Como faja de plata riñendo,
 Fuése á otros mundos á prestar su encanto,
 Dejando á mi alma soledad y llanto.
 Y esa engañosa nube fué la gloria!
 Yo sentía la fe de conquistarla,
 Mi alma de rey y de águila el esfuerzo:
 Quería se posase en mi cabeza,
 Aunque al tocarla produjera el rayo.
 ¡Ay! que la tumba tragará mi nombre,
 Y dormiré con él en su tiniebla!!!
 Como el ave altanera que en las redes
 Mira los campos y el sereno cielo,
 Y siente fuerza de emprender el vuelo,
 Y al volar la contienen sus cadenas,
 Así yo gimo entre horrorosas penas!
 Águila envejecida en la alta cumbre,
 Rastrera buscaré del sol la lumbre
 Y me aislaré en las rocas dolorido.
 Humilde lira mía,
 Mi hermana en la orfandad, mi solo encanto
 En mis amargas horas de martirio,
 De gloria me animaste en el delirio;

Tus cuerdas se laxaron con mi llanto:
 Convoca á los amigos de mi infancia,
 A los hijos del canto y la ternura,
 A esos á quienes amo como hermanos,
 Cuya espléndida gloria es mi ventura.
 Tomen lugar entre los hijos míos
 Que viven con la sangre de mis venas,
 Cuando mi última luz triste reluzca.
 Id, desplegad vuestros sublimes cantos,
 No me toquéis, me encontraréis dormido;
 Mas llevaré un recuerdo de consuelo,
 Recuerdo el más querido,
 Que aliviará tal vez mi fatal suerte,
 Al recorrer los mares de la muerte
 Envuelto en la tiniebla del olvido.

II

AL MAR.

Te siento en mí: cuando tu voz potente
 Saludó retronando en lontananza,
 Se renovó mi sér; alcé mi frente
 Nunca abatida por el hado impío,
 Y vibrante brotó del pecho mío
 Un cántico de amor y de alabanza.
 ¿Te encadenó el Señor en estas playas
 Cuando, Satán del mundo,
 Temerario plagiando el infinito,
 Le quisiste anegar, y en lo profundo
 Gimes ¡oh mar! en sempiterno grito?
 Tú también te retuerces cual remedo
 De la eterna agonía;
 También, como al sér mío,

La soledad te cercan y el vacío;
Y siempre en inquietud y en amargura,
Te acaricia la luz del claro día,
Te ven los astros de la noche obscura.

A mí te ví venir, como en locura,
Desparcido el cabello de tus ondas
De espuma en el vaivén, como cercada
De invisibles espíritus, llegando
De abismos ignorados y clamando
En acentos humanos que morían
Y el grito y el sollozo confundían.

A mí te ví venir ¡oh mar divino!
Y supe contener tanta grandeza,
Como tiembla la gota de la lluvia
En la hoja leve del robusto encino!

Eres sublime ¡oh mar! Los horizontes
Recogiendo las alas fatigadas,
Se prosternan á tí desde los montes.

Prendida de tus hombros la luz bella
Forma los pliegues de tu manto inmenso.
Entre la blanca bruma
Se perciben los tumbos de tus ondas,
Cual de hermosa en el seno palpitante
Los encajes levísimos de espuma.

Si te agitas, arrojas de tu seno
En explosión tremenda las montañas,
Y es un remedo de la brisa el trueno,
Terrible mar, si gimen tus entrañas.

¿Quién te describe ¡oh mar! cuando bravía,
Como mujer celosa,
En medio de tu marcha procelosa
El escollo tus iras desafía?

Vas, te encrespas, le ciñes con porfía,
Retrocedes rugiente,
Y del tenaz luchar desesperada,

Te precipitas en su negro seno
Despedazando tu altanera frente.

En tanto, el viento horrible,
Arrastrando al relámpago y al rayo,
Cimbra el espacio, rasga el negro velo
De la tiniebla, se prosterna el mundo
Y un siniestro contento se percibe
¡Oh mar! en lo profundo,
Cual si con esa pompa celebrarás,
Entre el eterno duelo,
Tus nupcias con el cielo!

Cansada de fatiga, cual si el aura
Tierna te prodigara sus caricias,
A su encanto dulcísimo te entregas,
Calmas tu enojo, viertes tus sonrisas
Y como niña con las olas juegas
Cuando te dan su música las brisas.

Tú eres un sér de vida y de pasiones:
Escuchas, amas, te enloqueces, lloras,
Nos sobrecoges de terrible espanto,
Embriagas de grandeza y enamoras.

Cuando por vez primera ¡oh mar sublime!
Me ví junto de tí, como tocando
El borde del magnífico infinito,
Dios, clamó el labio en estusiasta grito:
Dios, repitió tu inquieta lontananza:
Y *Dios*, me pareció que proclamaban
Las ondas repitiendo mi alabanza.

Entonces ¡ay! la juventud hervía
En mi temprano corazón; la suerte,
Cual guirnalda de luz, embellecía
La frente horrible de la misma muerte.
Y grande, grande el corazón, y abierto
Al amor, á la patria y á la gloria,
Émulo me sentí de tu grandeza
Y mi orgullo me daba la victoria.